



¿Qué produce la escuela? II

*Diálogo entre Patricia Ferrara, Héctor González,
Vilma Pantolini, Dora Simón y Silvia A. Vázquez*

*Integrantes del Equipo de la Secretaría de Educación y Cultura
del SUTEBA*

Vilma Pantolini: Ante la pregunta sobre qué produce la escuela, lo primero que contestaría es que la escuela no produce nada, sino que la escuela es producida por el trabajo de los trabajadores, es producto del proceso de trabajo que se da al interior de la escuela. El producto es siempre resultado de un proceso de trabajo; el que trabaja y pone su fuerza de trabajo para que ese proceso se produzca, es el trabajador. La pregunta sería entonces: ¿qué es lo que produce el trabajo colectivo de los docentes o cuál es el producto del trabajo del colectivo docente?. Una de las cosas que produce es precisamente la construcción de esa escuela.

Silvia A. Vázquez: Comparto que la escuela no produce, pero no estoy tan de acuerdo en afirmar que la escuela es producida por los docentes; me parece metafórico. Como vienen nuestros debates, cada vez está más claro que aquello a lo que queremos remitirnos cuando hablamos de trabajo docente, es al trabajo educativo. Decimos trabajo educativo porque estamos pensando en un proceso que va más allá del aula, incluso más allá de la escuela. Hablar de lo que produce la escuela es hablar del trabajo escolar, que sería una de las dimensiones del trabajo educativo. El trabajo educativo incluye los procesos que se desarrollan en el aula pero también otros procesos de producción en otros espacios de la institución, que construyen una producción ¿única, múltiple?... Alguna vez estuvimos tentados de comparar trabajo docente con trabajo fabril, creo que son dos dimensiones diferentes; sí podemos pensar la dimensión fabril como una dimensión equivalente a la dimensión escolar. En una escuela, como en una fábrica, hay diferentes procesos de trabajo -la portera tiene un proceso de trabajo en sí mismo, los maestros otros y los directivos otros-, sin embargo, hay uno que es el que la identifica y que está vinculado al aporte que hace al rubro de actividad, en nuestro caso el trabajo educativo. Hay diferentes productos en el trabajo escolar, para mí el producto que más identifica a ese proceso de trabajo es la enseñanza. Es un producto que tiene, por lo menos, dos manifestaciones visibles: una, la certificación -un boletín, un certificado, un título-; otra, por ponerlo de una manera metafórica, es la que está “marcada” en el cuerpo de los sujetos aprendidos. Más allá del debate pedagógico

existente respecto de qué es lo que se entiende por alguien que aprendió, si aprendió qué aprendió, etc., lo cierto es que hay un sujeto que en su paso por este trabajo escolar cambia en los contenidos de lo que conforma su subjetividad y hasta su personalidad. Y lo que se hace en la escuela, el trabajo que se produce en la escuela está orientado a que esto ocurra.

Héctor González: Pensar en términos de trabajo educativo es pensarlo como parte del proceso de producción social. Y desde ahí me pregunto cómo incluir en la conceptualización de este trabajo educativo el lugar de los alumnos. Entendiendo el trabajo como interacción con el mundo y como producción de alguna transformación en el mundo y en el que trabaja, el alumno en la escuela está trabajando, aunque no esté en un empleo. ¿Cómo los abarcamos como sujetos que están trabajando?. Lo pregunto para no quedar encerrados en la idea de que los que trabajan son sólo los docentes. Esa producción social que se da en la escuela la producen también, y diría en una gran parte, los alumnos, la nueva generación que se está incorporando a esa producción de la vida social, y justamente, por ser una nueva generación están portando elementos nuevos, miradas nuevas, sensibilidades nuevas.... Incluso, ¿cómo abarcar a las familias?, porque también tienen una parte de ese trabajo educativo.

V.P.: A la escuela se la puede entender como el “*local de trabajo*” pero también hay una construcción, un sentido que da a ese lugar la característica de escuela, en la cual se realiza determinado trabajo. Desde aquí es desde donde yo hablo de que el trabajo escolar, dentro del trabajo educativo, es el que le da determinada direccionalidad, determinada forma de producir a esa escuela. Si bien podemos decir que es el mismo producto el de todas las escuelas, no hay homogeneidad en los diferentes sentidos de esa producción. Esto se ve, por ejemplo, cuando se habla de la escuela pública y la escuela privada: la discusión es quién determina el sentido en la escuela pública y quién determina el sentido en la escuela privada. También esto se vincula a la autonomía del trabajo docente y a los condicionamientos que éste tiene. La autonomía siempre la vinculamos al concepto de autonomía universitaria pero en realidad tenemos que verla en relación con el tipo de trabajo que se realiza en la escuela y el sentido que tiene ese trabajo, lo cual da como resultado la construcción de una escuela con un determinado significado, un determinado direccionamiento. No es solamente metafórico sino que es real porque ese producto termina siendo visible. Esa visibilidad en la producción del proceso de trabajo escolar -en el cual está incluido el proceso de trabajo de los trabajadores de la educación en sus múltiples trabajos particulares- ¿es inmediata o mediata?. Esto es lo que muchas veces nos confunde. Coincido en que la certificación es uno de los rasgos de esa escuela que más identificamos como escuela. Se supone que certifica aprendizajes, aprendizajes que no necesariamente han sido posibles de ser visibilizados en forma inmediata; porque la escuela aspira a que esos aprendizajes tengan resonancia o efecto hacia delante. Pero si bien la certificación parece darle una determinada característica a la institución escuela, no necesariamente resulta indispensable porque entonces el trabajo escolar en la educación infantil, en la educación inicial -donde prácticamente no hay certificación- no tendría un reconocimiento. La escuela es algo más que el certificado, es un producto que tiene que ver con el ámbito del conocimiento, de aquello que es reconocido como producido por el trabajo y que se manifiesta de múltiples maneras, no solamente en la certificación, sino inclusive en la acción que se da adentro de esa escuela. Lo que podría llamarse “producto educativo” tiene muchas cuestiones para ir entrándole. No estamos hablando de un producto sencillo, totalmente visibilizado, factible de ser medido. Y ésta es una de

las cuestiones hoy sobre la mesa en el debate sobre cómo puede evaluarse la educación de calidad. En el ámbito fabril, el producto puede ser evaluado en un punto final; el control de calidad mide si cumple determinados parámetros y puede decir este producto es bueno o no es bueno. El producto de los procesos de trabajo que se dan en la escuela no es factible de ser mensurado en todas sus dimensiones, ni siquiera visibilizado y, mucho menos, en lo inmediato. Nosotros venimos insistiendo en que el trabajo escolar es un proceso de trabajo colectivo; colectivo no porque trabajamos uno al lado del otro o nos juntamos de vez en cuando, sino que el proceso de trabajo permite confluir diferentes tipos de trabajo que dan como resultado un producto determinado que podemos llamar escuela. Es un trabajo que se realiza entre varios pero no necesariamente presencialmente, si no tendríamos que decir que el trabajo de dar clases, si está en solitario, no es colectivo. El trabajo de los alumnos también es un trabajo de los sujetos que están incluidos dentro del trabajo escolar. Silvia planteaba que una dimensión de mayor significatividad en el trabajo escolar es la enseñanza; bueno, es precisamente la enseñanza el lugar en el cual se otorga sentido. La relación del trabajo del docente con el alumno, como dicen muchos de los pedagogos de la historia, es una relación asimétrica; aunque pueda existir cooperación siempre hay una orientación, un sentido, una direccionalidad del proceso en la cual hay participación activa de uno de los sujetos que intervienen en ese proceso de trabajo. Esto no significa desestimar lo otro; lógicamente, si yo digo que los docentes con su trabajo construyen escuela, no desconozco que hay gran parte de esa construcción en la cual las familias, los auxiliares y los alumnos intervienen.

Dora Simón: Cuando decimos qué produce la escuela, pregunto: qué tipo de escuela; porque no todas las escuelas producen lo mismo. ¿Queremos saber qué produce la escuela en general o qué producen escuelas en particular?. Porque hay una intencionalidad en la producción y se producen cosas absolutamente diferentes que tienen que ver con procesos muy complejos que se dan dentro de la escuela, entre los integrantes de los equipos docentes de las escuelas y a los que después se suma la otra población escolar que son los pibes, los auxiliares, el afuera. Las escuelas quieren producir cosas diferentes; pero, además, a veces quieren producir una cosa y están produciendo otra absolutamente distinta; es decir, creen que están intentado producir algo y, por no poder acceder a reflexionar sobre las prácticas de esa escuela, no se dan cuenta de que están produciendo un impacto totalmente diferente al que sería el deseado.

Patricia Ferrara: Efectivamente no todas las escuelas producen lo mismo, pero me parece que hay algo que producen todas en forma genérica -que después tiene las connotaciones particulares de cada institución- que son prácticas sociales y en esas están involucrados los auxiliares, las familias, los docentes, los alumnos. La escuela es un lugar de producción de prácticas sociales que están impregnadas por el contexto.

H. G.: ¿Por qué mi preocupación por avanzar en la pregunta sobre qué produce la escuela? La escuela tiene esta producción de prácticas sociales que dice Patricia, de conocimientos, de cultura, de relaciones, de identidad, entre cosas. Pensando en una escuela no para lo que fue armada, sino para esa educación pública, popular, democrática, emancipadora, por la que peleamos, tenemos que poder identificar qué procesos de trabajo son los que producen estas determinadas prácticas sociales, conocimientos, cultura, relaciones e identidades que en función de esa educación nos interesa que se produzcan. Analizar qué elementos intervienen en su producción; saber

cuáles son los procesos de trabajo concretos que producen las prácticas sociales que van a aportar a otra educación, a otro país. Recuerdo a Gimeno Sacristán hablar de abrir la caja negra de la didáctica, creo que tenemos que desarmar la caja negra de la escuela. Develar los procesos de producción para evitar, como decía Dorita, que la escuela se proponga, por ejemplo, producir relaciones liberadoras, pero resulta que lleva adelante procesos de trabajo que conducen a prácticas sociales de dominación. O que experiencias efectivamente transformadoras, como no se pueden visibilizar y reconstruir analíticamente los procesos que las hicieron posible, queden en el hacer individual de una escuela, de un docente o de un director.

S.V: Cuando hablabas lo de la caja negra yo pensaba que la pedagogía y la sociología de la educación ya habló de currículum oculto, de habitus, de la producción de buenos y malos alumnos, de las representaciones; hay mucho escrito. Es decir toda esta caja negra no es tan negra porque algunos ya se han metido a develar procesos que se producen ahí, aunque no los han mirado como procesos de trabajo y nosotros podemos pegarle una vuelta de tuerca. Pero a lo largo de la charla, cada vez la respuesta a qué produce el trabajo escolar se me concreta más: produce aprendizaje. Las diferencias que marca Dorita son diferencias de contenido y de sentido de los aprendizajes pero todas las escuelas producen aprendizajes. Hay una anécdota personal que me aparece cuando comienzo a pensar en esto. En la marcha que se hace en el año 83, antes de las elecciones, la marcha por la Democracia, me encuentro con una chica que había sido alumna mía en 7° en el año 77. Yo estaba recién recibida, teníamos poca diferencia de edad. Me la encuentro y le hago la pregunta tonta que hace alguien cuando hace mucho que no ve a alguien, *¿qué haces acá?*. Y ella me dijo: “*Seño, ¿vos me preguntás qué hago acá?; aprendí*”. Aprendizaje identifica el producto, pero hay que discutir de qué manera eso es visible y mensurable. Son dos cosas distintas y las dos son necesarias, hay que poderlo entender como visible pero también como mensurable. Con mensurable digo acreditable, clasificable, certificable, no sé, pero si no pierde institucionalidad. Hay que pensar si todos los aprendizajes que se aprenden en la escuela entran en esa categoría, si le podemos dar a esa alumna mía el certificado de que aprendió a ser un sujeto democrático en la dictadura. Por ahora me quedo con que el trabajo escolar produce aprendizajes, y el proceso de trabajo que produce esos aprendizajes es la enseñanza. La enseñanza en una escuela –yendo al tema de lo colectivo que planteó Vilma- no es colectiva porque en cada acción hay otras acciones necesarias para que esa acción fuera posible, eso es el trabajo en general, eso es el carácter social de todo proceso productivo. Cuando digo colectivo digo colectivo más concreto, de sujetos que desempeñan diferentes procesos de trabajo al interior de la escuela y es lo que permite identificar estas diferencias que marcaba Dorita. Cada escuela produce, está en condiciones de producir más explícita o más implícitamente, un proyecto de enseñanza, desde el director hasta el portero, pasando por la forma en que se incorpora o no se incorpora la comunidad educativa a gestar ese proyecto de enseñanza, el lugar que los diferentes sujetos tienen. Todas las escuelas tienen un proyecto de enseñanza que no es sencillo de visibilizar y de mensurar. En alguna época con Marta Suárez decíamos que la escuela produce currículum, pero claro, está el currículum oculto, o sea, ese proyecto de enseñanza tiene algo explícito y algo implícito.

V.P.: *¿Todos estamos entendiendo por aprendizaje lo mismo?, ¿aprendizaje, no es un concepto genérico que requiere ser definido?. Desglosar bien cuáles son los significados que le estamos dando a esa palabra, nos va a permitir involucrarnos también en analizar y definir qué se entiende cuando decimos que el trabajo es enseñar. Yo me inclino más a*

entender de manera genérica también la enseñanza; para mí es enseñanza incluso hasta lo que hacen los porteros. Silvia decía que hay un componente del trabajo escolar que opera como definidor de ese trabajo, que sería la dimensión de la enseñanza. Yo diría que es lo que le da identidad al trabajo; sin enseñanza el sistema educativo no tiene razón de ser. ¿Qué función cumplirían el sistema educativo y la escuela en una sociedad si no podemos ampliar el concepto de enseñanza a algo más que lo que transcurre dentro del aula?. Quizás estamos condicionados por esa representación que se nos convierte en concepto y nos hace visualizar la enseñanza solamente como ese momento. Ahí es donde entra a jugar la discusión sobre cuál era la función para la cual la escuela fue creada y cuál es la función para la cual la queremos en una sociedad transformada. No es que en la función para la cual fue creada no hubiera construcción de prácticas sociales, de identidades, el recorte de determinadas cuestiones en lo cultural. De ahí que haya autores que directamente propician la desescolarización o la inexistencia de la escuela porque la escuela sería el instrumento que fue creado dentro de una sociedad capitalista para la reproducción; entonces la salida no sería transformar la institución sino su desaparición. Nosotros, en cambio, apostamos a una transformación de la escuela en un sentido de una sociedad con justicia, con democracia, con igualdad; decimos que es una institucionalidad imprescindible en una sociedad como la que planteamos.

S.V.: Esto que está diciendo Vilma es central. Partimos hablando del trabajo y por definición el trabajo en la forma en que se da, en que está institucionalizado; o sea, no podemos sacarle la ficha a la institución que le da formato al trabajo que realizan los docentes. Ahora bien, esta escuela es una institución de la modernidad que tiene antecedentes en el medioevo en los gremios de artesanos, la iglesia, el ejército. Algunos dicen que la escuela como institución de la modernidad tiene en la base a Gutenberg y a la posibilidad de la imprenta. Hoy, la revolución tecnológica que significa nuevas formas de producir comunicación, nos sitúan en un escenario en donde esta institución necesariamente debe ir cambiando. Yo pienso que la tecnología, sea cual fuere -la iconografía religiosa como tecnología de producción de enseñanza masiva en el medioevo, el libro, o la computadora- no puede ser confundida con la enseñanza. Ni Internet ni las computadoras que se reparten producen enseñanza; no enseñan sino que democratizan la información, que es otra cosa, ponen al alcance de muchos una información que, en sí, no produce aprendizaje. Lo que está puesto como interrogante no es la inexistencia de la escuela, sino la forma de una nueva institución escuela.

V.P.: La definición de lo que es aprendizaje, de lo que es enseñanza, de qué manera esto se vincula con la función social que cumple la escuela o que debe cumplir la escuela, son cosas en las que me parece que requiere detenernos e irles dando desarrollo, como si fueran capítulos de este trabajo que estamos haciendo. Lo que es innegable es que el proceso de trabajo escolar produce conocimiento sobre ese trabajo y si a ese trabajo lo llamamos enseñanza, produce conocimiento sobre la enseñanza. Un conocimiento que en un principio no se identifica como tal y conforma un conjunto de saberes y experiencias que se van amalgamando con los sentidos que se le va dando dentro de la institución para direccionar el proceso. En una escuela como la que nosotros queremos esa producción de conocimiento tendría que tener un papel privilegiado porque es aquello que permite no solamente que los que están realizando el proceso de trabajo se puedan apropiarse de esa dimensión del producto que es el conocimiento, sino que además puedan sistematizarlo y puedan utilizarlo en procesos de mejoramiento de este trabajo. Es la posibilidad de poder recuperar aquello que produce la fuerza de trabajo, de superar

la enajenación, la alienación o el desposeimiento del producto que los trabajadores construyen en el proceso colectivo que van desarrollando. Creo que éste es un punto nodal para profundizar cuando hablamos de qué se produce en el proceso de trabajo escolar, y cuando pensamos esta pregunta en un proceso de transformación de esa escuela. De tal manera que cuestiones que aparecen como invisibilizadas -esa caja negra, el currículum oculto- también puedan ser visibilizadas e impactadas por el conocimiento que se produce en el trabajo. No creo que todo lo que se convierte en aprendizaje dentro de la escuela existe como intencionalidad, o sea, que esa caja negra no puede ser totalmente blanqueada; pero el conocimiento sobre el trabajo permite ir identificando cada vez más cantidad de lugares en los cuales se puede realizar intervención, en el sentido de que se puede hacer intencionalmente un proceso de enseñanza ampliada, mejorada. La posibilidad de visibilizar esta construcción de conocimiento es lo que permitiría que se produjera una real transformación de la escuela. Por eso a nosotros como sindicato es un proceso que nos interesa sustantivamente y accionamos no para quedarnos como sindicato con ese producto, sino para que los compañeros trabajadores puedan visibilizar esta construcción y se sientan motivados a apropiarse de ese producto que colectivamente producen.

H.G.: Es parte de lo que planteamos como CTA en cuanto a la distribución de la riqueza...

V.P.: Sí, y no es solamente una cuestión de que hay un otro que invisibiliza, hay también una naturalización de la inexistencia de ese conocimiento que desmotiva para intentar apropiárselo. Nadie intenta apropiarse de algo que desconoce su existencia.

S.V.: La producción de aprendizaje que produce el trabajo escolar, para ser producido no requiere necesariamente de hacer visible ese otro producto del trabajo de enseñar que es el conocimiento sobre el trabajo de enseñar. En este sentido, este segundo producto, al sistema educativo le es accesorio para producir aprendizajes; pero a los trabajadores les es absolutamente imprescindible para controlar el producto de su trabajo. Es el que ayuda a definir qué tipo de aprendizaje produce ese trabajo educativo.

H.G.: No me termina de convencer esto de la producción de aprendizaje, quizás porque la idea de aprendizaje la vinculo a otro tipo de discurso, que tiene que ver con lo psicológico, y yo lo estoy intentando pensar desde la producción social de la transmisión sistemática de la cultura y el conocimiento. No transmisión literal sino como proceso de re-producción de una producción socio-histórica que para transmitirse requiere ser re-creada cada vez por los nuevos sujetos sociales convocados a apropiarse de ella.

D. S.: Creo que para pensar en las prácticas de la escuela en términos de una escuela que pueda impactar en la sociedad para transformar, tenemos también que volver a abreviar en experiencias como las escuelas no graduadas, las escuelas del Movimiento de los Sin Tierra o la educación popular de la que hablaba Paulo Freire.

V.P.: En esto de ir conceptualizando y precisando lo que queremos decir, a lo mejor terminamos denominándolo diferente, pero lo que nos debemos es terminar de definirlo. Porque lo que nos interesa como sindicato es ver de qué manera esto que estamos definiendo, se proyecta en términos de mayor control de nuestro trabajo. Reconocer que el trabajo produce conocimiento y que produce conocimiento sobre ese mismo trabajo,

nos permite a los trabajadores no estar enajenados del producto y del proceso, nos posibilita tener control sobre el proceso de trabajo para que podamos incidir en todo aquello que requiera transformación. Si nosotros decimos que el proceso de trabajo es el que construye escuela, el que construye currículum, el que construye conocimientos, el que construye prácticas sociales, culturas, identidades, etc., es el control sobre ese proceso el que nos permite conducir el sentido de una transformación.

Agosto 2012

Suteba 